



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### **Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### **About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

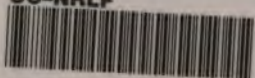
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

P Q  
8519  
B3M8

UC-NRLF



\$B 258 441



EX LIBRIS

444  
1891



MANUEL BERNÁRDEZ

LA MUERTE  
DE  
**ARTIGAS**

MONTEVIDEO

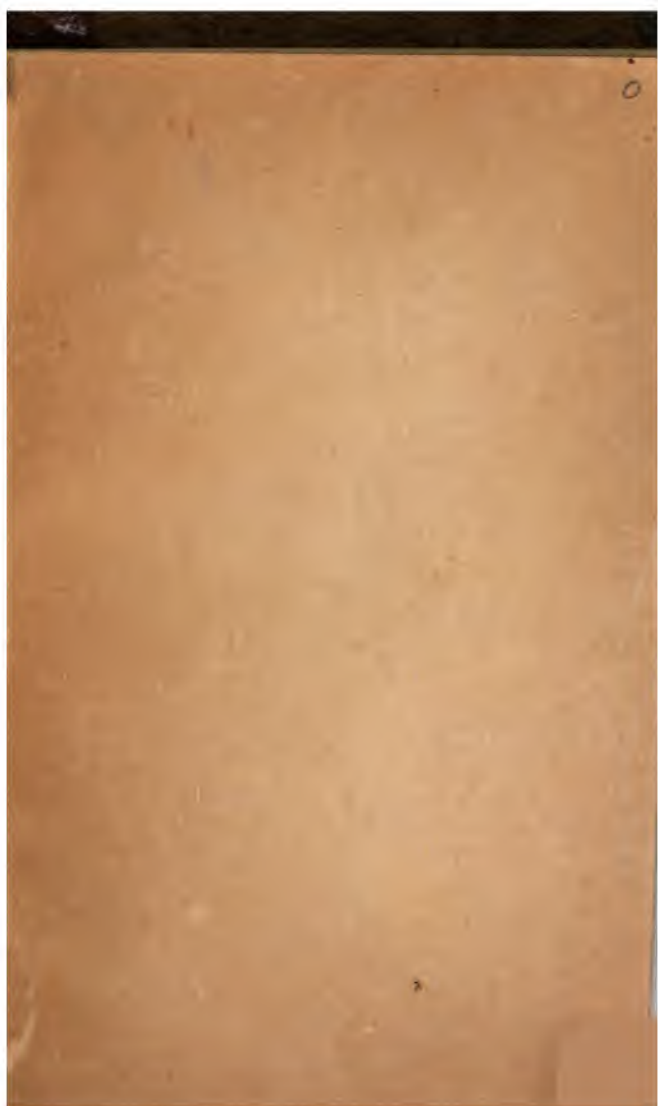
DORNALICHS Y REYES, Impresores

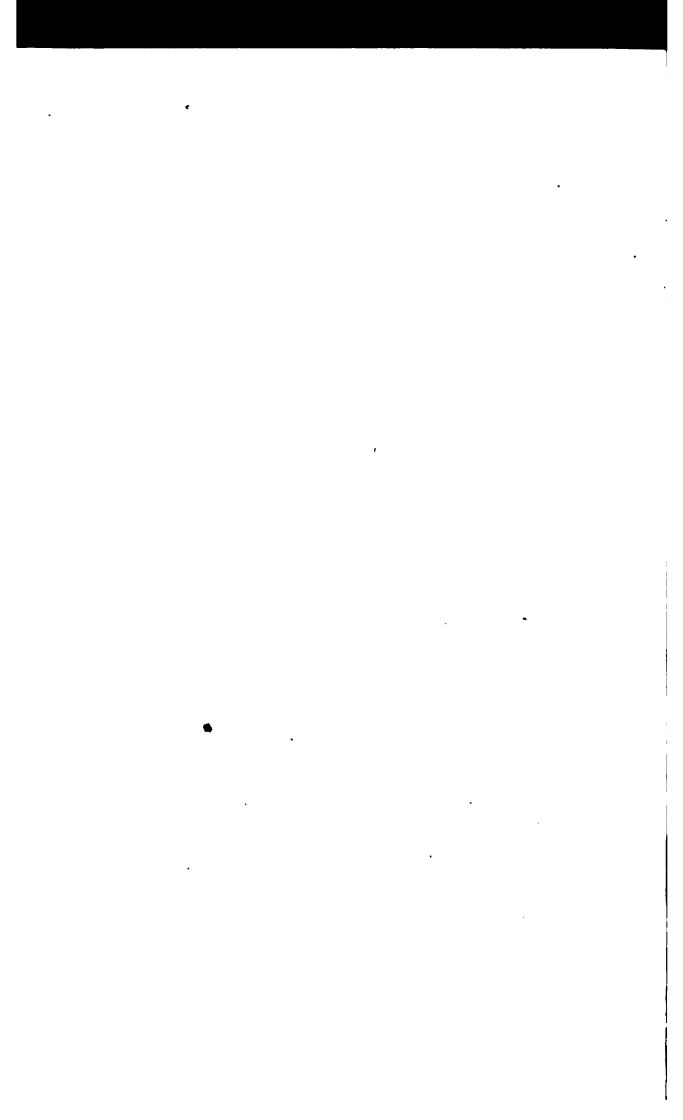
CALLE 18 DE JULIO, 85 Y 86 A.

1891

SEGUNDA EDICIÓN

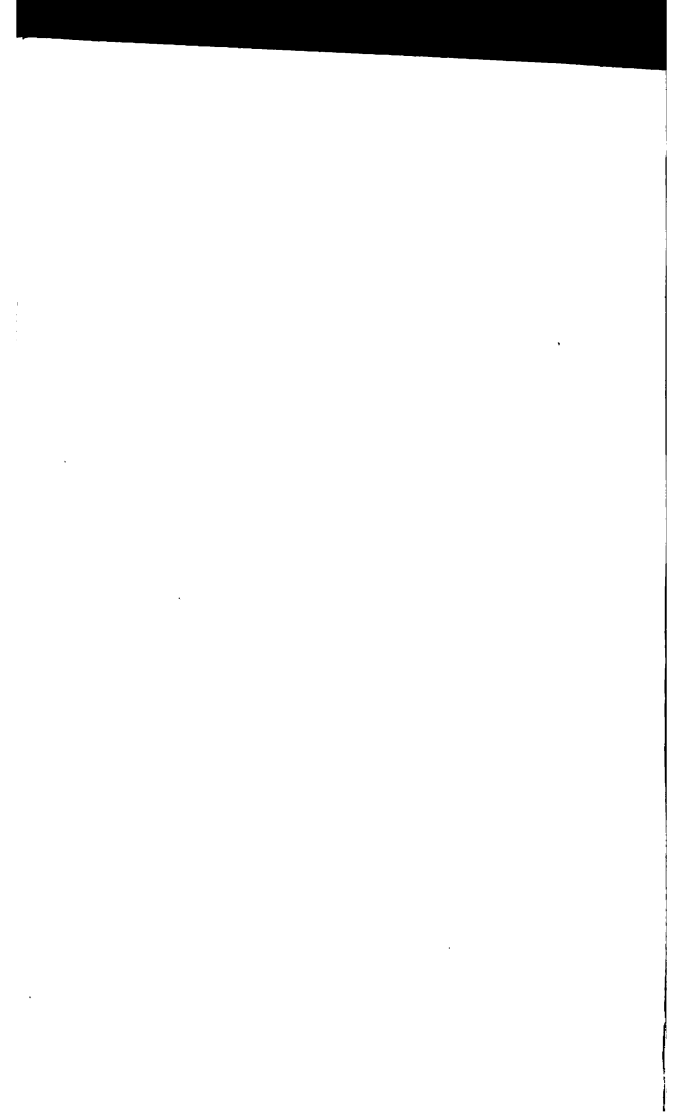
















*Jose Aniceto*

MANUEL BERNARDEZ

LA MUERTE

DE



ARTIGAS

El f.º.

MANZONI.



MONTEVIDEO

DORNALICHE Y REYES, Impresores

89 - CALLE 18 DE JULIO - 89 A

1891

PQ 8519  
B3M8



NO MARI  
BETTER

AL EXCMO. SEÑOR

DR. D. JULIO HERRERA Y OBES

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

*Que en el llano y en el mar, á la luz  
del sol, de pie y frente al peligro, li-  
dió por los nobles ideales de la PATRIA;*

AL EXCMO. SEÑOR

DR. D. CARLOS MARIA RAMIREZ

MINISTRO DE ESTADO

*Autor de ARTIGAS, libro fulgurante.  
que merece llamarse libro de la PA-  
TRIA;*

AL EXCMO. SEÑOR

DR. D. JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

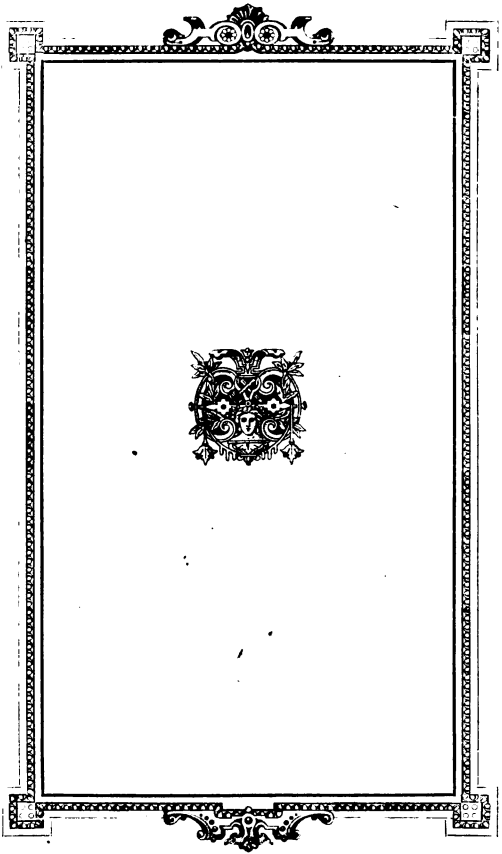
MINISTRO PLENIPOTENCIARIO

*Cuya lira de hierro ha dado la más re-  
cia nota que podrá hallar la musa  
americana puesta á cantar una LE-  
YENDA PATRIA,*

*Les dedica estos versos,*

**Manuel Bernárdez.**

M233281







## LA MUERTE DE ARTIGAS



Ei fù.

MANZONI.

### I



ARDE del Paraguay.

Naturaleza

hacía de su mágica belleza  
tan prodigioso alarde,  
que parecía aquella dulce tarde  
libre de la nostálgica tristeza  
que el corazón embarga  
y abate sobre el pecho la cabeza  
en hora tal, para el que sufre, amarga ;  
para el que ama, de lánguida terneza ;  
para el que espera, cual ninguna larga.  
Mediaba el siglo. En aquel bello día,  
la Virgen Primavera renacía,  
tendiéndose á reir sobre la alfombra  
del verde campo. Majestuosamente

bajaba el sol. Y en la creciente sombra,  
algo desde los cielos bendecía,  
serena y mansamente,  
la encanecida frente  
de un hombre que moría.

## II

Al comenzar mi canto,  
éste mi canto vengador, no invoco  
á la divina musa  
que inspira al trovador en los festines,  
y cantar de los altos paladines,  
y de la gloria, y del dolor rehusa,  
acobardada y trémula; tampoco  
á la que dice los triunfales goces  
del bardo de Vaclusa,  
siempre soñando en el azul; ni pido  
tus cariñosas voces,  
¡ oh soñolienta musa del Olvido!  
¡ Sólo te invoco á tí, Virgen estoica,  
titánica inocente,  
inflexible deidad, noble Justicia!  
¡ Traiga tu mano á mi ardorosa frente  
la casta sensación de tu caricia,  
y tu sonrisa cándida y heroica

descienda sobre mí!... Vibren tus ojos  
rayos de punición, sobre el rebaño  
de los crímenes rojos,  
que se aprestan á huir. Tiemble el huracán  
calumniador, cuando tu voz lo llame.  
Sobre la frente vil, recaiga el daño  
como candente plomo; y más funesta  
vuelva la infamia al rostro del infame.  
Entre tanto mi lira en la floresta  
rebrille al sol, como una espada.

Presta  
á su acento esas cláusulas de fuego,  
ante el furor ó el ruego  
vibrantes y derechas;  
esas puntas de flechas  
que prestas al que inspiras.  
Tiende tu diestra: que el tumulto calle,  
y arrebatada estalle  
la nota de cien liras  
en ésta que yo pulso.

Está templada  
para los grandes cantos  
de los nobles anhelos infinitos: •  
entre sus brazos gemirán los llantos,  
y entre sus cuerdas gritarán los gritos.

## III

El hombre que moría,  
moría como el sol, solo y distante  
de la tierra que otrora  
fecundó con su amor. Y como el astro,  
al hundirse en las aguas del Atlante  
deja en pos una estela de reflejos,  
él también, al morir, dejaba el rastro  
de su vida fecunda y luchadora  
dada á una patria — ¡ que tal vez ahora  
era feliz sin él, — allá, muy lejos !

## IV

¡ Oh esperanzada juventud : si vieras  
cómo moría el pobre desterrado !  
¡ cómo al morir pensaba alucinado  
en la eterna visión de sus praderas !  
de aquéllas, de las tuyas, que veía,  
evocando del último miraje  
la vaga lontananza,  
libres quedar, en memorable día !  
¡ Y veía acometer, baja la lanza,  
su hueste de centauros,

hombres y potros en unión salvaje ;  
rodar contra las filas españolas,  
como impetuoso río  
trocado en mar de enfurecidas olas  
que azuzara colérico el panpero ;  
volar al *entrevenero*,  
la homérica locura del jinete,  
el frenesí del brío,  
donde calla el cañón y habla el acero,  
abriendo ancho boquete  
á la bullente sangre,  
rojo furor de las hinchadas venas ;  
hacerse allá un montón hosco y bravo  
de dagas y melenas,  
y del tremendo choque  
la victoria surgir, como del toque  
de la nube en la nube, surge el rayo  
que en ancho surco las tinieblas labra  
con fulmineo zigzag — visión del día !

La noche acometió como un desmayo  
á la indecisa luz ; y en la sombra  
calma, se alzó solemne la palabra  
del hombre que moría :

« Dios : lo quisiste al fin ! De mi existencia  
la página postrera queda escrita.

Voy á esperar tranquilo la sentencia.  
Bajo tu mano, en paz con mi conciencia,  
voy á acostarme, — acaso en el olvido.  
Tal vez la dura vida que he vivido  
no se verá ensalzada ni maldita.  
Si así ha de ser, será: lo habrá querido  
tu bondad infinita.

¡ Morir en el destierro y olvidado,  
es dos veces morir!... ¡ Perdón, Dios mío,  
para esta queja amarga! Es la primera  
que mi labio pronuncia, y la postrera  
tú sabes que será. — Como el soldado  
que orgulloso siguiendo á su bandera  
cargó lleno de brío,  
y herido en el encuentro, la derrota  
lo obligó á huir á la lejana selva,  
y allí esperando que su hueste vuelva  
perdió la vida por la arteria rota,  
así yo, voluntario  
de la hueste patricia,  
sin descanso lidié; y al fin vencido,  
solo y á pie siguiendo mi calvario  
con los girones de mi vieja gloria,  
desencantado y en el alma herido,  
esperé en esta selva la victoria  
final de la justicia.

¡ Me desangré esperando, y no ha venido,  
y va á venir muy tarde!... ¡ Cuando llegue,  
ignoraré tal vez en cuál osario,  
en cuál rincón oscuro y escondido  
descansará el errante solitario  
que meditando en tí, se habrá dormido,  
ah patria de mi amor!...

Nunca en mi alma  
tuvo cabida el afrentoso miedo;  
si vi á la muerte, la miré con calma;  
si temblé, fué por tí. Pero no puedo  
pensar sin frío, sin horrible frío,  
que un hueco oscuro de una tierra extraña  
recibirá en su entraña  
este despojo mío,  
y que el tiempo impasible  
dejará que en silencio se destruya  
sin que tu sol me bese con sus besos;  
sin que sienta pesar sobre mis huesos  
ni aun un puñado de la tierra tuya,  
de mi tierra, ¡ oh dolor!...

## V

Cortó su acento  
duro sollozo, en un desgarramiento

de la nocturna calma. Y como al ruido  
contesta el eco, contestó un gemido  
á su sollozo. Levantó la frente  
el héroe, sorprendido  
de su propio lamento ;  
irguióse cuanto pudo, y con acento  
viril, donde aun vibraba  
algo de aquella voz que en otros días  
en la hueste patricia retenplaba  
las cóleras bravías  
y el inmortal anhelo  
de ver brillar, bajo el sombrío cielo  
que la antorcha guerrera iluminaba,  
de una patria naciente el áurea estrella,  
con aquel mismo acento que mandaba  
rechazar virilmente la coyunda,  
y amar más hondo, cuanto más esclava  
la tierra madre, y perecer por ella,  
habló de nuevo el héroe.

En la profunda,  
en la vasta y siniestra lobreguez,  
él quizá comprendió que alguien oía  
con atención sombría  
su voz vibrando por postrera vez :

« ¡ Basta ! Imagen oscura de la muerte,  
no acauteléis el paso. Ya no temo.



Siento llegar el fin arduo y supremo:  
no es hora de gemir. El alma fuerte  
ve la sombra llegar que de tí exhalas,  
y dice en firme voz que no le arredras.  
Acuérdate del pacto de las Piedras  
y ve que me hallo bien bajo tus alas.  
Me sorprendes aquí; pero en tu seno,  
al de la patria, eternamente bueno,  
al amoroso nido  
donde no hay injusticia, ni abandono,  
ni rencor, ni veneno,  
ni defección, ni olvido,  
acaso volveré. Si en ciego encono  
los desencadenados elementos  
arrebatan al árbol abatido  
á riberas lejanas, — y violentos  
dejan que abandonado á su fatiga  
espere en vano una corriente amiga  
que á la selva nativa le devuelva,  
¿qué culpa tiene la nativa selva!  
En el arduo momento se aquilata  
el patriótico anhelo, que disculpa,  
si es por la patria, todo:  
el infamante lodo  
que le arrojan, ó el hierro que le mata.  
¡La patria nunca puede ser ingrata,  
y si lo fuese... no tendrá la culpa,

cual no la tiene, no, mi hermosa tierra!  
; Cómo es dulce nombrarte!... ; Patria mía!  
; Cuál llena mi pobre alma de alegría  
el recordar que yo te adivinaba  
entre una nube de borrasca y guerra;  
el recordar que yo te presentaba;  
el recordar que en tu ciudad esclava  
y en tu selva salvaje, yo sentaba  
á una patria viril que palpitaba  
esperando una voz, divina ó brava,  
la de Dios ó la mía,  
para surgir del seno de la noche,  
y cual la flor al sol abre su broche,  
abrirse en libertad al pleno día!

« Mi viejo corazón está conforme;  
y al dejar de latir, siente el orgullo  
de haber mecido á la divina infante,  
á la tierna gigante  
que nació armada de una idea enorme,  
con el bélico arrullo,  
cántico y diana de los pueblos fuertes  
que no pierden las horas  
contando sus heridas,  
ni se doblegan al revés infausto!  
Que tras del holocausto  
glorioso de cien muertes,

ven resurgir mil vidas,  
y despuntar auroras,  
y florecer la libertad!

¡Tremendas

horas de fatigosa incertidumbre  
viviste, corazón! — Estabas hecho  
á la fiera costumbre  
de respirar aliento de contiendas  
y rumor de catástrofes. — El pecho  
te parecía estrecho  
para el heroico palpar. — Radioso,  
con fugitivos lampos  
de claridad serena,  
viste del sol el disco luminoso  
dorar apenas los nativos campos,  
y de la lucha iluminar la escena.  
Pero aun no fuera en plenitud el día,  
cuando volviste á ver, con honda pena,  
cómo súbitamente anocheceá.  
Nos envolvió la sombra, — y la derrota  
ahogó mi voz con su razón de hierro;  
abrió ante mí sus brazos el destierro,  
y ya sin fuerzas, la esperanza rota,  
en ellos descansé. La vida ignota  
cerróse tras de mí como un encierro,  
y veinte años aquí, viví soñando  
un doloroso sueño, — contemplando

el pasado con la ávida pupila  
del recuerdo tenaz, que no se cierra.  
; Pero no me doblaste, desaliento !  
; No me dejaste, vida !  
; No pude ser cobarde  
porque esperaba en tu denuedo, tierra !  
La nube, el astro, la ilusión, el viento,  
me contaban heroísmos de tu guerra  
y murmuraban: « ¡ llegará el momento ! »  
; Y llegó aquella tarde !

Un hombre de cabeza encanecida,  
de reposado andar, solemne y mudo,  
algo puso en mis manos temblorosas :  
; fué un sollozo, fué el grito mi saludo  
del cautivo al dejar el subterráneo !

Con fulgor instantáneo,  
en turbión, evidencias luminosas  
brillaron en la noche de mi cráneo,  
y mi mirada ansiosa, á su luz pudo  
ver la divisa de tu santo emblema.  
; Era, patria, tu código y tu poema,  
cantado en ritmo prodigioso y rudo !  
; era tu victoriosa democracia  
dando á tu vida la sanción suprema !  
; era tu ley, la bélica armadura,  
el acerado escudo  
que ha de guardarte, luminosa y pura,

contra el furor sañudo  
de la fuerza brutal y la desgracia!  
; era, por fin, tu libertad en pleno!  
; la que un día estreché contra mi seno  
y besé con el beso de mi audacia!

## VI

« ¡ Por fin ! ; por fin logrado  
el suspirado sueño ! . . .  
Cres llegado  
el punto de morir, y dí contrito  
gracias á Dios, por todo  
lo que su mano pródida me ha dado :  
para mí el desatado  
rencor, y las fatigas,  
y el guerrero cuidado ;  
para mi tierra el sol.

— « Anciano Artigas,  
dijo aquel hombre : « escúchame : ; no tema  
« á la artera injusticia tu memoria !  
« Si vencida cayó en el anatema,  
« alguien vió ya, que con su voz suprema  
« llega á llamarla el Ángel de la Gloria  
« al pórtico de bronce de la Historia,  
« donde desaparecen los pequeños

y los que fueron grandes se agigantan.  
 Mientras sueñas aquí trágicos sueños,  
 allá, unos llevan tu memoria al crimen,  
 y otros, los tuyos, la alzan, la redimen,  
 la enseñan á sus hijos y la cantan.  
 ; Los que humilló tu brazo te deprimen;  
 los que por tí son libres, te levantan!

.....

.....

## VII

; Viví, sufrí, luché: y al fin de todo  
 gocé. ; Gocé de formidable modo,  
 gocé por una vida! ; Inmenso goce  
 que no puede sentir quien no conoce  
 lo que es amor de patria! ; quien no sabe  
 sentir esta pasión virgen y suave,  
 esta dulce y recóndita alegría  
 que al ver lucir sobre la patria el día  
 se apodera del alma y la despierta,  
 y nos canta en el pecho como un ave,  
 y galvaniza la esperanza muerta!  
 Esperanza de verte, tierra mía,  
 virgen, triunfante, poderosa y casta,  
 como en mis sueños grandes te veía!...

Me duró la agoufa  
para alcanzarlo: ¡basta!...  
La bendición del Dios omnipotente  
baje sobre mi frente  
y la honda huella del rencor destruya.  
Yo tomaré después esa fragancia  
divina, y á través de la distancia  
la iré á dejar sobre la frente tuya.  
Luché por tí. Dios premia la constancia...  
Tú naciste... Vencimos... Yo me muero.  
Voy á buscar mi sitio en el ocaso.  
Sueño mortal: ya espero...  
¡Dios!... ¡Patria!... ¡Campo!... ¡Quiero  
que no me tiemble el paso!...

## VIII

Murió.

La noche suave  
sintió en su seno el fin de aquella vida,  
y despertó de pronto, estremecida  
de horror sagrado. Soñolienta y grave  
quedó velando al muerto. Por las frondas,  
volando de través, andaba el ave  
de pupilas redondas  
que llama á los fantasmas. En legiones

los espantos nocturnos  
fueron llegando sin hacer ruido,  
y al ver la faz radiosa del vencido  
lo quedaron mirando taciturnos.  
A su pesar rezaron. — De la luna  
la blanca luz, tendida en el bruído  
crystal de la laguna,  
se veló en nubarrones  
cual una faz en funerarios velos;  
y en la solemnidad de aquel minuto,  
como envolviendo su silencio en luto,  
se oscureció la noche hasta los cielos.  
Algo llegó sin duda á la distante  
tierra que el moribundo bendecía,  
porque el viejo Uruguay, el buen gigante  
que da á la patria guardia sempiterna,  
al ir pasando en su carrera eterna,  
pareció que gemía.

Y en su costa sentado,  
con las alas tendidas,  
y las pupilas lúcidas, perdidas  
en yo no sé qué fugitiva estela,  
con el aire apenado  
de quien la nueva de un dolor recela,  
el Angel luminoso de la patria  
pasó la noche en vela.



## IX

Y yo iba, de la vida  
llevado por la ráfaga tremenda,  
buscando algún abrigo  
donde plantar mi tienda, —  
buscando un viento amigo,  
un dulce viento que quizá no existe, —  
y halléme un libro, — la primera piedra  
de colosal pirámide, — la palma  
de una guirnalda atlética, — y el triste  
detuvo el paso y se erigió en testigo.  
Tu culto, Artigas, se abrazó de mi alma  
como se abraza del peñón la hiedra;  
mi espíritu á tu espíritu sujeto,  
por el sendero que juzgó más corto  
avanzó hacia el ideal: halló su objeto;  
y con el aire absorto  
del que busca un secreto,  
leí tu historia sombría,  
cuyas hojas homéricas volvía  
el furioso huracán de los rencores  
despertados al golpe de tu sable.  
Oí resonar tu voz de profecía;  
vi de tu sol los prístinos fulgores;  
vi tu gloria crecer, como la espuma,

y perenne quedar, cual la montaña  
que rebasando la marina entraña,  
en su calma granítica, inmutable,  
al huracán y al tiempo desafia.  
Y despierto en la noche, frente á frente  
con mis arrebatados pensamientos,  
que sacuden á mi alma rudamente,  
como sacuden al bajel los vientos,  
te ví en Santa María,  
fiero y audaz, vencer á la derrota  
y dar á tu clarín la última nota  
triumfal. — Ví la osadía  
con que entonces tronó sobre tus émulos,  
como el rayo de Dios sobre los muros,  
tu palabra, sublime de energía ;  
¡ y eras tan grande, que ellos, aun seguros  
de tu impotencia, se miraron trémulos !  
Todo lo ví. Canté de tu victoria  
el romancesco peán : lloré tu pena.  
Al ver el lodo salpicar tu gloria,  
pensé que la calumnia es felonía.  
Luego . . . al ceder tu frente venerable,  
arrancó al Paraguay mi fantasía  
tu página mortuoria,  
¡ y entonces. ante mí, grande y serena,  
se levantó tu sombra formidable !  
Corrió la inspiración por mi memoria

como un corcel sin freno; miré alzada  
tu grandeza de roca como un sino;  
ví que era para mí roca Tarpeya  
donde iba á caer mi audacia despeñada;  
pero viendo en la caída mi destino,  
cuando mi lira restalló, azotada  
por el ala caudal de tu epopeya,  
me detuve á cantar en el camino.

## X

¡Bien estarás, libertador, ahora!  
La amazona gentil de fuerte brazo,  
la de seno sin ira ni abandono,  
ni defeción, ni encono,  
detuvo su corcel de luchadora,  
volvió á la vaina el victorioso hierro,  
y al llegar su gran hijo del destierro,  
lo recibió llorando en su regazo:  
que herofna lucha, pero madre llora.  
Y como otrora ya, fuerte y pujante,  
y amante como otrora,  
ordena al patriotismo vigilante  
que guarde las cenizas del soldado,  
del prócer denodado  
que plantó altivo el poderoso germen

de libertad, en el panteón sagrado  
donde los buenos de la patria duermen.

Y allí estás, esperando  
de la postrera diana  
el retumbar sonoro  
que anuncie la mañana.

Y tu esperanza, como el sueño de oro  
de la idea inmortal que simbolizas,  
en la infinita soledad nocturna  
se sienta junto á la urna  
que guarda tus cenizas.

## XI

Y cobrando de nuevo la amazona  
de su corcel batallador la rienda,  
avanza al porvenir, por la ancha zona  
de la azarosa vida y la contienda.  
Por instantes los duros elementos  
la amenazan con bárbaro fracaso,  
pero pasa la nube tempestuosa  
y reaparece con seguro paso,  
soberbia y luminosa,  
abierto el pecho á los marinos vientos,  
á los vientos que arrastran, de lejanas

naciones, los estrépitos  
con que ruedan las cosas soberanas  
en los pueblos decrepitos;  
y á las rachas viajeras, que han corrido  
á través de las ansias europeas,  
y con jadeante ruido  
pasan y van, dejando en las orillas  
del Uruguay, semillas  
de rosas y de ideas.

## XII

¡ Y adelante ! ¡ adelante !  
¡ El bridón resollante  
con rudo galopar hiere el camino,  
y ella el asombro á su belleza atrae,  
y lucha, y siembra, y canta !  
Por cada peña que á su esfuerzo cae,  
una estrella en su cielo se levanta  
y alumbra su destino.  
Irá marcando el golpe de su planta  
atlética y pujante,  
el luminoso polvo de sus huellas,  
hasta llegar al fin : cuando radiante,

con el triunfo de América, triunfante,  
coronada de palmas y centellas,  
termine, como el Dante,  
su divina canción en las estrellas.




## NOTAS

### DE LA PRIMERA EDICIÓN

*« Tarde del Paraguay. »*  
.....»

CAP. I, pág. 5.—No me fué posible, á pesar de prolijas investigaciones, encontrar un dato que señale la hora de la muerte de ARTIGAS. La hora de la tarde es elegida por mí como elemento poético.


En cuanto á las demás referencias de este capítulo :

*« Mediaba el siglo. En aquel bello día  
la Virgen Primavera renacía »,*

quedan explicadas recordando que ARTIGAS murió el año 1850 y día 23 de Septiembre, primero de Primavera.

*« ¡ Dios : lo quisiste al fin ! ..... »*

CAP. IV, pág. 9.—El fervoroso sentimiento de Dios que pongo en las palabras de ARTIGAS no es el resultado de mis creencias religiosas : lo es de un estudio detenido, en que he consultado en lo posible las suyas y las de su hogar nativo, su carácter, su época y la natural é inevitable influencia de su vida, tormentosa primero y solitaria



luego, sobre sus sentimientos religiosos. En el desierto, presa de sus recuerdos y su nostalgia, en el solemne trance de la muerte, necesitaba ARTIGAS un interlocutor. ¿Cuál sino Dios? ... Los grandes solitarios acaban por dirigirle la palabra.

*«..... Y como al ruido  
contesta el eco, contestó un gemido  
á su sollozo.....»*

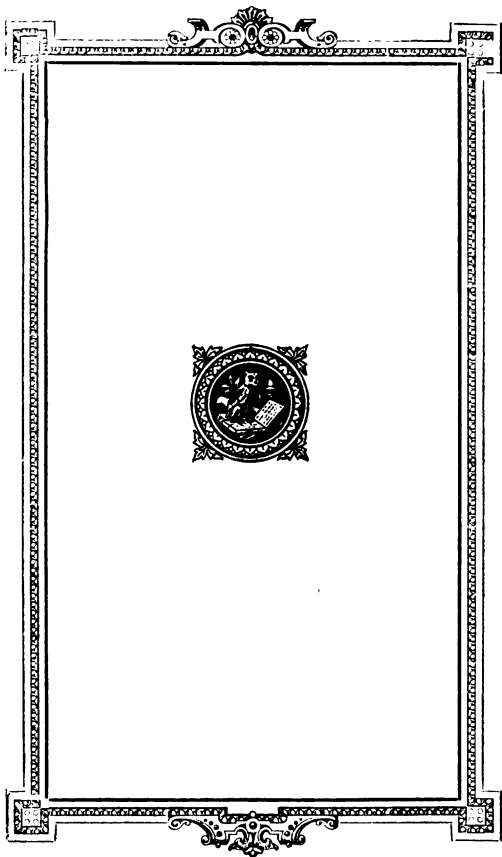
CAP. V, pág. 12.—No correspondían al plan de mi canto más personajes que el moribundo, la Naturaleza y la noche con su cortejo de sombras y fantasmas, para solemnizar el momento sagrado de la muerte. Después el Uruguay y el Ángel de la Patria. Pero en esta nota siquiera, quede una caricia para la memoria del leal, del viejo Ausina, que acompañó al Jefe de los Orientales en sus triunfos y en los eternos años de su destierro. Ausina tenía noventa y cuatro años cuando murió ARTIGAS, es decir, cuatro más que él. Lo asistió en su agonía y lo lloró con lágrimas de soldado y de humildísimo hermano en heroísmos. Supongo suyo el gemido que oye ARTIGAS en la sombra y que lo hace dominar la momentánea flaqueza con la férrea voluntad de su gran espíritu.—Hubiera sido un acto de alto civismo conducir á la patria las cenizas del soldado con las cenizas del prócer. Quien con tanta lealtad lo acompañó en la vida había ganado el derecho de acompañarlo en la muerte y tomar su parte, como bueno y humilde que fué, en el gran premio póstumo.



La sombra de ARTIGAS aprobaría desde lo alto.

Creo inocente expresar que no he pretendido hacer hablar á ARTIGAS *como hablaba*. He estudiado su personalidad, su época y el rol formidable que en ella le cupo desempeñar para dicha y honor nuestro; he buscado con el espíritu las circunstancias de su vida en los últimos treinta años, el efecto que en su alma produjo la noticia, bruscamente sabida, de la libertad de su país, la visita de Bompland, que le entrega la Constitución, (á cuyo episodio se refiere el cap. V), y acumulando sus reflexiones, sus ansias y sus caros anhelos de moribundo, los he intentado traducir en lenguaje poético. Si el gran carácter á cuyos postreros destellos pretendo asistir, resulta de mis versos verdadero ó falso, lo dirá la crítica; lo dirán los que aman á esa gigante figura histórica, y hasta lo dirán los que no la aman, si atacan la verdad de mi humilde trabajo.

Esto último no indica que yo pudiera contestar á alguna invectiva que contra ARTIGAS ó mi poema (no como obra de arte) pudiera surgir, si es que este trabajo de cinco ó seis días de fiebre merece el honor de ser tomado en cuenta. Creo que es cosa juzgada. Después del libro de Carlos María Ramírez ya no cabe la discusión. La pasión niega y el civismo afirma. Otro levantó la estatua. Yo le ciño mi tosca guirnalda silvestre. Ramírez discutió, probó, venció. Yo he cantado á la muerte triunfante.





**OBRAS DE MANUEL BERNARDEZ**

---


**PUBLICADAS:**

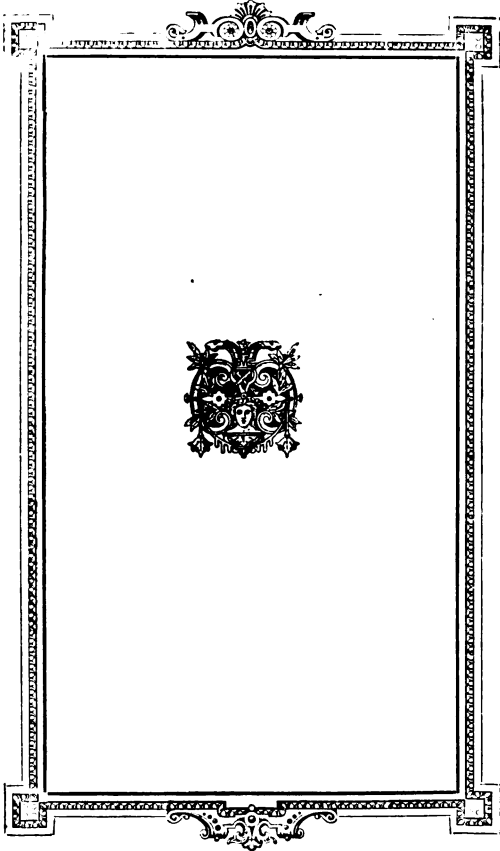
CLAROS DE LUNA, versos.....	1 t.
25 DÍAS DE CAMPO.....	1 t.
CONFIDENCIAS, poema.....	1 t.
AVE MARÍA, canto en prosa.....	1 t.
LA MUERTE DE ARTIGAS, 2. <sup>a</sup> ed....	1 t.

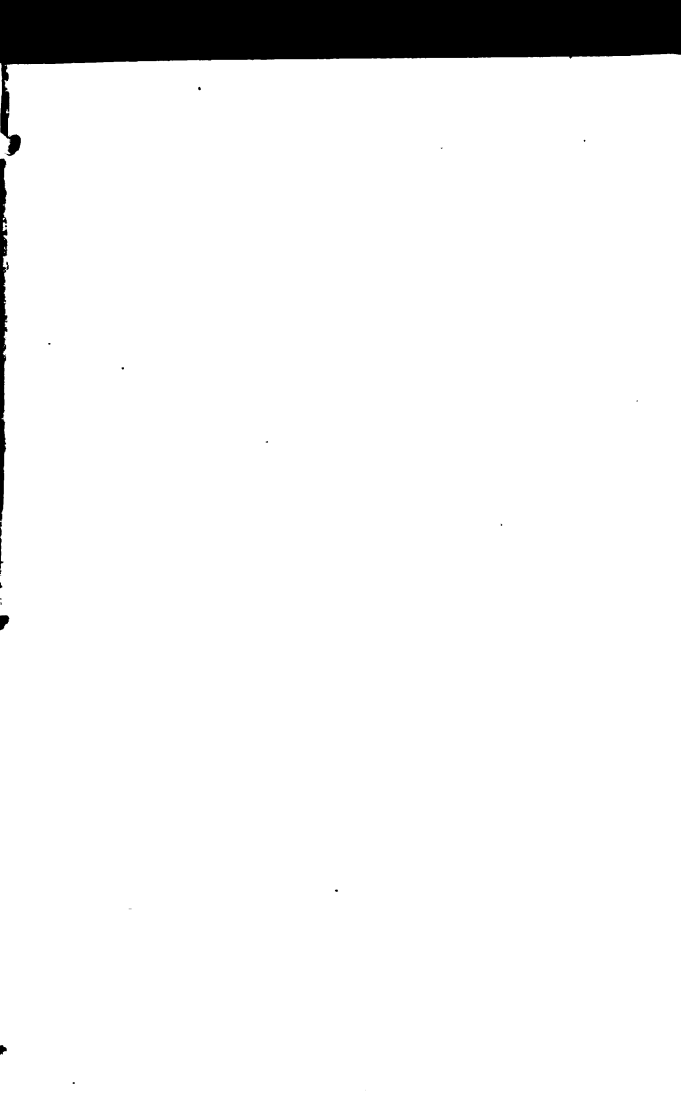
---

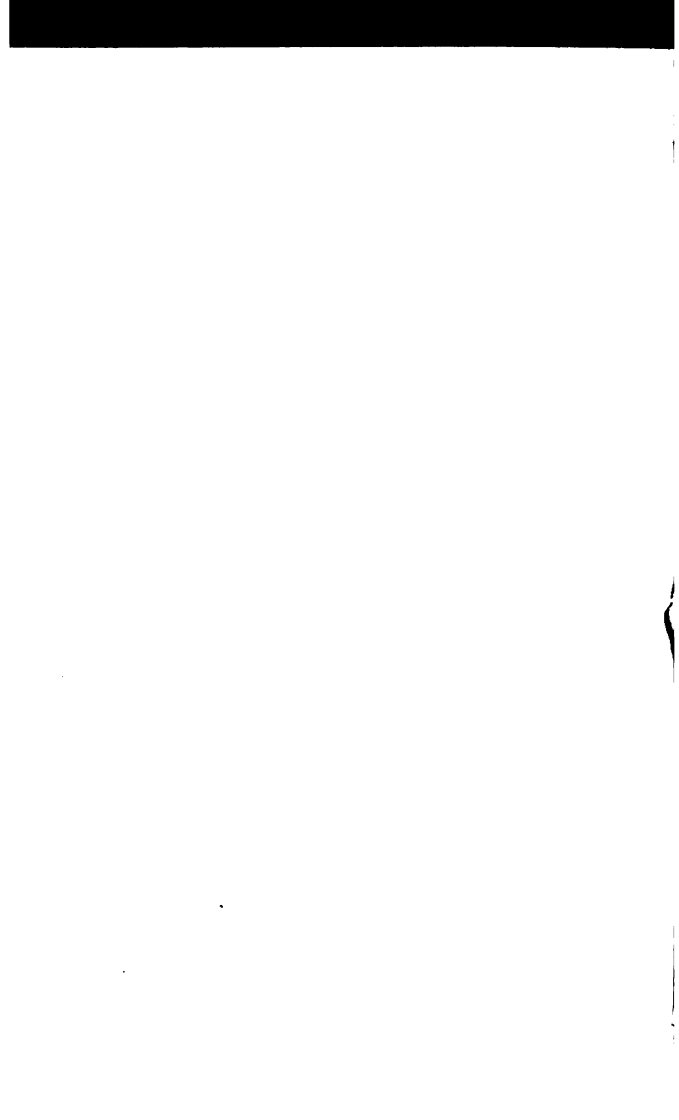
**PRÓXIMAS Á PUBLICARSE:**

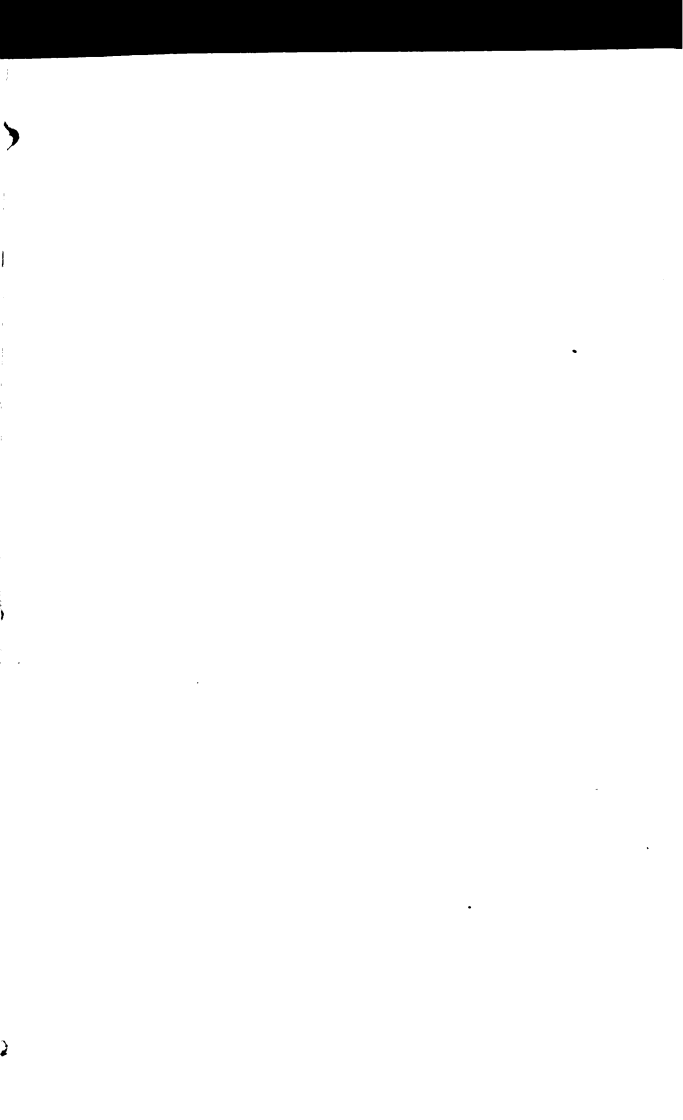
EL DIAPASÓN, música literaria.....	1 t.
BIOGRAFÍAS DE VIVOS, ensayo de gé- nero.....	1 t.
MAESTROS DE MAESTROS.....	1 t.
LA CUERDA DE BRONCE, poemas....	1 t.
FLORES DEL AIRE, versos.....	1 t.
CANTOS EN PROSA.....	1 t.

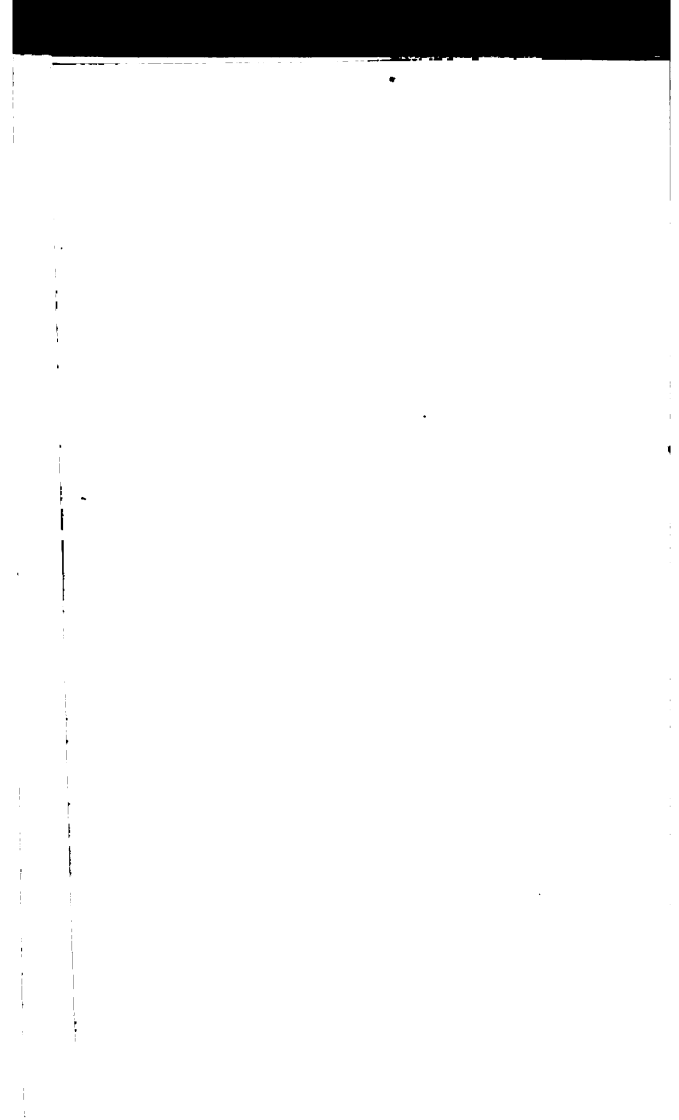
















PRINTED IN BRITAIN

YA 005

IM233281

PQ 851  
B3 M 8

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBR

